

La niña del archivo

VALERY QUEZADA MORANTE

Pontificia Universidad Católica del Perú

valery.quezada@pucp.edu.pe

La *niña del archivo* es el primer poemario de Fabiana Caballero Talavera (Lima, 1992), artista peruana que previamente ha publicado fanzines en los que combina el dibujo, la escritura y diferentes formatos de impresión. En este libro, se cuestionan las posibilidades de la palabra a partir de la pregunta sobre cómo narrarnos en el mundo. Al iniciar la lectura, la invitación del poeta Carlos Oquendo de Amat de “abrir el libro como quien pela una fruta” resuena de inmediato, pues la imagen inicial de las páginas vacías de un diario resalta la propuesta de la artista: narrarse como forma de entendimiento.

La invitación hacia esa introspección se da mediante la exploración de un archivo personal compuesto por fragmentos de diarios de infancia, ilustraciones, fotografías y poemas. Además, la autora, mediante sus huellas dactilares en tinta, aparece corporalmente en la obra, volviendo al texto en una dimensión más de su propia corporalidad. El poemario se vuelve parte de un cuerpo cuyo crecimiento genera dudas que interpelan lo establecido como normal y que encuentra, en los retazos del papel, la poesía y la imagen, la forma de enunciar estos cuestionamientos.

El inicio está marcado por la presencia del dolor y la culpa, que surgen en el contacto con las expectativas familiares y sociales sobre el éxito y la feminidad ideal. Luego de un poema inicial en el que se expresa la incredulidad sobre el dolor, aparece el primer registro de archivo, un texto escrito a lápiz, en papel arrugado, fechado en la niñez de la autora. Se alude a un dolor incipiente que solo puede expresarse mediante la repetición de la primigenia onomatopeya del dolor “au” (p. 12). Una vez enunciado, el dolor se vuelve real y moldeable con lo cual se establece el poder transformador de la palabra.

La exploración del dolor y la culpa lleva a interpelar el significado



La niña del archivo

Fabiana Caballero Talavera

El laboratorio de escrituras

Lima, 2024, 122 pp.

de hogar y la familia. El núcleo familiar aparece como el primer espacio de contraste frente a una individualidad que desafía las expectativas de normalidad (“nací sola / con una fiebre perpetua / madre, perdóname, porque no sé lo que hago”, p. 42), pero que no deja de ser parte de una constelación familiar. La imagen de archivo de un árbol genealógico elaborado en la infancia (p. 38) muestra la comprensión de la identidad personal influenciada por la herencia familiar (“esta carne madura de sus carnes / esta sangre madura de sus sangres”, p. 49) y por la cotidianidad de la violencia (“la violencia es una fruta colorada, puesta sobre la mesa del desayuno”, p. 47).

La religiosidad, también, se vuelve un elemento transversal a la introspección porque aparece como parte de la construcción de la sensibilidad propia. No obstante, la devoción religiosa se transforma de la fe acrítica a compromiso con la escritura. En “Relicario” esa devoción

se enuncia en forma de poema y la escritura se vuelve un acto de comunión con el propio cuerpo: “este, mi cuaderno, mi tejido, mi textura / mi estar en el mundo / en esta matriz naciente / siempre, mi yo leyéndome (para siempre)” (p. 34). Se declara la completa entrega a la incertidumbre, al constante cuestionamiento de todo intento de delimitación. La espiritualidad, entonces, excede la institucionalización de la religión: “Dios no alcanza en mi cuerpo / lo que tengo es a un pequeño dios en el corazón” (p. 43) que no logra siempre escapar de la culpa: “un pequeño dios en mi vientre que sabe alimentarse de mis entrañas” (p. 43).

Otro espacio que se cuestiona es el hogar, el cual se propone no como un espacio inmóvil, sino como un espacio de refugio y de resguardo de la sensibilidad que la sociedad cuestiona; frente a ello, “amar es un proyecto” (p. 85). Dicho proyecto se apoya en la palabra y es allí donde aparece la pregunta por sus posibilidades. No solo la presencia de las imágenes intervienen en dicho cuestionamiento, sino que también se articula una crítica directa hacia su naturaleza inerte (“el papel no se come, no te nutre, no te invita a la vida”, p. 108). En esta búsqueda, la narración es el medio de transmutación, una herramienta con la que nacemos, y el acceso al archivo de los escritos infantiles, fotos e ilustraciones permiten al lector involucrarse con aquellos primeros hablars de la infancia.

El poemario es una celebración de la infancia. La artista defiende las posibilidades de la curiosidad infantil que permite descubrir y cuestionar el mundo. De esta manera, rescata y comparte sus primeros hablars para plasmar la toma de conciencia de una voz que encuentra en la narración una forma de erigirse ante el mundo. Dialogar con esa voz implica, finalmente, despertar nuestra propia mirada infantil.